

## BIBLIOCLIPS

# Borges y yo (y yo)

**RODRIGO FRESÁN / UNO** Mi primera percepción de Borges es Borges en sí mismo. Es decir: veo a Borges. Me explico. Yo debo de tener unos nueve o diez años y voy por la peatonal calle Florida de Buenos Aires paseando a mi tío que tiene unos veintitantos. Digo que voy paseando a mi tío porque mi tío es ciego. Mi tío iba para gran pintor y durante su adolescencia había ganado importantes becas y premios, pero se quedó ciego por una diabetes de nacimiento y por entonces —él no lo sabe pero sí lo intuye— le quedan unos dos o tres o cuatro años de vida, muchos años menos que a Borges.

**D**igo que vamos caminando, mi tío y yo, y de pronto alguien dice “Ahí está Borges”, y yo miro y veo a Borges y le digo a mi tío “Ahí está Borges”. Borges viene hacia nosotros y es correspondientemente llevado del brazo por un amigo o una amiga o un fan, y entonces mi tío ciego —que era un tipo de lo más gracioso, alguien graciosamente maléfico— grita “¡Borges! ¿Cómo está?”. Y Borges clava su mirada que no ve

exactamente en el sitio del que sale y le llega la voz de mi tío que no ve a Borges y uno y otro se miran sin verse y yo ahí, en el medio, sin poder creer lo que estoy viendo.

**DOS** Para entonces yo no había leído a Borges pero, como buena parte de los argentinos, sabía perfectamente quién era Borges. Era muy fácil encontrarlo por la calle, por las inmediaciones de la plaza San Martín. Borges era

una presencia constante en la televisión donde abundaban las largas entrevistas a su persona, por lo general cerca de las fechas de la entrega del Nobel de Literatura. Y Borges hasta era material frecuente en los programas de *sketches* cómicos donde los comediantes imitaban a Borges porque Borges era inimitable y único. ¿De qué se reían respetuosamente sus imitadores? De su voz, de su fraseo, de su soberbia modestia, de su cultura casi psicótica y del modo amable pero malvado en que, constantemente, desautorizaba a sus interlocutores. Yo también ya sabía quién era Borges porque mi padre —diseñador gráfico que había hecho un libro alrededor del relato “Casa tomada” de Julio Cortázar— estaba por entonces ensamblando otro libro cuyo título era *Bio-autobiografía de Jorge Luis Borges* y cuya premisa era decididamente borgeana. Lo que había hecho mi padre era recortar y mezclar numerosos párrafos de *Historia universal de la infamia* y —con abundante material gráfico sobre el escritor y sus circunstancias— “armar” a partir

de ellos una biografía de Borges que no traicionara la realidad pero que, al mismo tiempo, la reformulara y la rescribiera sin tocarle una coma a las biografías de infames que Borges había escrito tiempo atrás. Así que mi casa estaba llena de fotografías de Borges. Por todas partes. Borges para recortar y pegar, y si mal no recuerdo en más de una ocasión recorté pequeños Borgesitos para mi padre. Borges como si se tratara de cromos para llenar un álbum. Borges que, cuando se enteró del proyecto, le envió un mensaje a mi padre. “Yo no soy un infame”, dijo mi padre que le dijo Borges.

Un par de años más tarde, lejos de la calle Florida, imposibilitado de volver a ver a Borges por un tiempo largo, en Caracas, Venezuela, leí por fin mi primer libro de Borges.

**TRES** El primer libro de Borges que leí fue *Historia universal de la infamia*, en la edición de bolsillo de Alianza Editorial con una soberbia portada del nunca del todo bien ponderado pero por siempre genial Daniel Gil. Me acuerdo de la portada. Un rostro difuso y desenfocado sobre el que flotaba un ojo de cristal aludiendo al relato “El tintorero enmascarado Hakim de Merv”. Me gusta pensar que leí a ese Borges y a todos los otros Borges en la colección de Alianza del mismo modo en que Borges leyó a *Las mil y una noches*, a Stevenson, a Chesterton, a Poe y a Wells. Es decir: yo leí a Borges como un escritor infantil en el sentido más noble del término, lo leí como a un escritor iniciático y fundante, como a un contador de fantasías perfectas, como a uno de esos narradores que nos abren la

puerta para ir a jugar a otros libros y —lo dije tantas veces—nunca me asombró demasiado, pero me gratifica mucho, el que los libros se abran como puertas. Tal vez por eso —y aquí viene una confesión que muchos considerarán escandalizante— jamás volví a leer a Borges. Nunca quise alterar esa primera radiación. No es que nunca más lo leyera. Pero jamás me preocupé por reinvestigarlo con el método y las herramientas con las que, se supone, cuenta un adulto *édito* y asumido como escritor. Releí, sí, algún cuento varias veces, busqué una cita exacta, me preocupé por leer los pocos Borges que fueron saliendo después y que se acabaron con el casi final de mi adolescencia (esa edad que, digan lo que digan, se extiende hasta los 29 años). Y, de regreso en la Argentina, luego de una pelea con mi novia en la calle, que salió corriendo y yo corrí tras ella, me llevé, sin verlo, a Borges por delante y Borges voló por los aires y casi lo mato y yo —inédito y que desde hacía tantos años quería ser escritor— me quedé ahí, mirando a un Borges que no me veía, tirado en el suelo, gimiendo mientras yo pensaba que ya no tenía sentido escribir nada porque yo iba a pasar a la historia de la literatura como el cretino que había matado a Borges. Y basta de esto, porque lo conté tantas veces. Porque ya parece el as en la manga o el rey en el cuello de un *stand-up comedian* que, para colmo de colmos, ni siquiera se había tomado el trabajo de volver a leer a Borges.

**CUATRO** Y me fue muy fácil no releer a Borges porque —por complejas razones que no vienen

al caso—se me negó la obligación académica de volver a él. Esto quiere decir, también, que no recibí la orden de leer los numerosos ensayos sobre Borges que toman su nombre más o menos en vano, las innumerables y a menudo demenciales teorías que le adjudican absolutamente todo o nada. Así que —cuando me senté a leer sobre Borges—lo hice no por una necesidad de desmenuzarlo para su posterior reconstrucción frente a una mesa examinadora o para un inevitable programa teórico de lo que debería ser la práctica de la propia obra sino, por el puro placer de disfrutar de un gran personaje.

Y llegado este punto arriba también a la clave de mi muy personal (alguno no dudará en calificarla de “silvestre” o “*savant*”) relación con Borges. Recuerdo, también, el íntimo *Big Bang* que experimenté cuando, en una mañana tropical seguramente lluviosa (uno siempre se recuerda leyendo y lloviendo al mismo tiempo) leí por primera vez esa breve página de *El hacedor* titulada “Borges y yo” en la que Borges se muestra por primera pero no por última vez tan definitivamente borgeano y vuelve difusas las líneas entre autor y personaje y —por lo menos me pareció a mí— también enturbia el perfil del lector que está leyendo eso. Porque si ahí Borges confiesa que “No sé cuál de los dos escribe esta página”, entonces qué me quedaba a mí (a ese uno que era yo entonces, nuevo e indivisible y que recuerda todavía impresionado esta impresión), cuál era mi rol a partir de ese instante en el que también era posible que una espora de Borges, una espora de alto poder

virósico, se desprendiera del papel de esas palabras y me contaminara y produjera un segundo “y yo” y que yo y cualquier otro lector pasase súbitamente también ser parte de Borges. El Borges al que le ocurren las cosas o el que las escribe o ambos. Da igual. Lo que sentí yo entonces era que no sólo se podía vivir de la literatura sino que, además, se podía vivir la literatura y —en última pero no final instancia, en una suerte de volver a comenzar en otra dimensión que estaba en ésta—la literatura podía vivir en y de uno. Porque desde entonces Borges, para mí siempre es y será el Gran Personaje o el Gran Escritor

que entiende a los escritores como grandes personajes (para bien o para mal no hay libro mío donde no haya un escritor) y, antes de eso, los entiende como a grandes lectores.

Borges como el Lector-Escritor que, a mi parecer, con sus modales y proceder, define a una hipotética e inasible tradición literaria argentina: la tradición que pasa por la idea de la traición a la tradición, las raíces que no se hunden en el suelo más o menos patrio sino en la pared contra la que está amurada la biblioteca donde late el virus cósmico de la silenciosa y lenta pero constante invasión desde Tlón, el

bibliotecario polimorfo y perverso que recomienda tantas cosas al mismotiempos que está convencido —más allá de los destinos funestos que suele reservar la materia impresa a los protagonistas de sus cuentos— que la salvación y el paraíso siempre estarán dentro de un libro que contiene dentro suyo a todo el universo.

Y que, aunque nos sintamos ciegos, o frente a un espejo, o perdidos en un laberinto, nos invita a verlo, a leerlo, a no saber dónde termina el libro y dónde empezamos nosotros con la sonriente y ciega certeza de que él, Borges, no tiene ni principio ni fin ∞

CUADERNO NA MANO (DE LA SERIE PAS DE DEUX) (DETALLE) / TINTA CHINA SOBRE PAPEL STRATMORE

